

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.
La suscripción se cortará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor 18.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, en letras de fácil cobro.—Corresponsales
París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.
La correspondencia al Administrador.

GLOSANDO

Aún resuenan en nuestros oídos los vivas y mueras de la última manifestación espontánea organizada por el periódico «La Tierra», amparada por el Bloque y sancionada con la presencia del Alcalde Sr. Carrión, hechura del diputado de la mayoría Sr. García Vaso.

Al terminarse aquella bufonada se dirigieron telegramas al diputado dándole cuenta del éxito y desde Madrid José de Cartagena daba alientos a sus huestes para que siguieran por el camino emprendido.

Todavía suena el eco de los gritos que se dieron en las calles de Cartagena, aun en la prensa se comenta ese hecho tan reciente y no habla perdido actualidad pero aunque así fuera vendría a dársele el discurso pronunciado en el Senado por el señor Canalejas, Presidente del Consejo de Ministros, Jefe del partido en que milita el Sr. García Vaso, personalidad que hizo Alcalde de Cartagena al Sr. D. A. A. Carrión.

Seguramente no habrán pasado desapercibidos para el Sr. García Vaso algunos fragmentos del discurso de su Jefe, pero tal vez D. A. Apolinario Carrión y su periódico de cámaras no hayan tenido tiempo de leer lo dicho por el Sr. Canalejas en la sesión del día 18 de Octubre en el Senado y por eso nos atrevemos a recomendarle su lectura seguros de que algo encontrará que le hará recordar la manifestación del día 12 en la que tomó parte tan activa, olvidando tal vez su carácter de autoridad gubernativa, olvidando una R. O. circular muy reciente en la que se prohíbe a los Alcaldes figurar en manifestaciones fueren estas de la índole que fueren y por si no quiere atender nuestra recomendación transcribimos el final del discurso del Jefe del Gobierno.

«Vivimos en una época en que el derecho de escandalizar se le llama derecho de petición y derecho de reunión a la formación de grupos de alborotadores para interrumpir la vida normal de los ciudadanos pacíficos.

Cada día estoy más desbordado de radicalismo; pero al mismo tiempo más saturado de gubernamentalismo. Yo gobernaré con un amplio crite-

rio; si lo consigo habremos adelantado mucho; y si no lo consigo, me iré, convencido de que en España no se puede gobernar si no es mirando hacia atrás. (Muchos aplausos.)»

Después de las palabras transcritas no hemos de hacer mayores comentarios; están muy recientes los hechos y vienen tan oportunamente las frases del Sr. Canalejas que todos, amigos y enemigos, de nuestra primera autoridad civil, harán los comentarios.

Virutas

«...Hubo un tiempo en que pudo, utilizando sus dotes de charlatán, cazar lacayos con el espejuelo de su democracia; hubo un tiempo en que sus artículos y discursos demolió convencionalismos y lacaraban instituciones históricas, pero aquellos tiempos y aquellas actitudes no eran otra cosa que los peñidos de la postas: una apostasía que entraña doble delito...»

Esto dice «España Nueva», del Sr. Canalejas.

¿Qué se habían creído ustedes?

Ni un solo concejal conservador, asistió a la sesión del miércoles. Bravo, bravísimo.

Así se portan los hombres. Y se hacen méritos para el porvenir. En justa reciprocidad, ni un solo cartagenero, los votará el día de mañana.

¡Para lo que sirven!

El concejal Sr. Madrid, dijo que le parecía poco el jornal señalado al obrero del municipio.

Y no comprendió, por qué al peón le daban menos jornal que al oficial.

Pues como él decía, «por causas que no son del caso explicar, puede suceder, que el peón tenga más familia que el oficial.»

¿Qué causas serán esas?

Convendría que las explicase el Sr. Madrid.

Y se podía citar para ello a sesión extraordinaria.

¡Para hombres solos!

Hacemos nuestra una observación del señor de Alceraz.

Decía éste y con muchísima razón, que debía hacerse público, el que al antiguo Depositario (q. e. p. d.) no se le hubiese exigido a su tiempo la fianza suficiente para responder de su cargo.

Ya hemos dicho que nos hacemos solidarios de esa manifestación.

Y la completamos pidiendo que se haga público, si el actual Depositario, que lleva varios meses en funciones, tiene constituida la fianza suficiente.

Por que nos parece que no.

Y si el Bloque que lo nombra, a raíz de lo descubierto con el anterior, no cumple con su deber, no está facultado para hablar.

Dicho sea con todo el respeto debido. Y pagado.

El Sr. Lerroux ha dicho que sustituirá en el poder al Sr. Canalejas.

¡Aviso a los navegantes!

GARLOPA SEGUNDO.

No es ese el camino

Es triste, verdaderamente lamentable, que el partido conservador persista en su valedosa actitud y que sin causa ni motivo justificado, abandone cuando le plazca el puesto de honor que el pueblo de Cartagena le confirió, para que defendiese sus intereses, en el Ayuntamiento.

En el día de ayer se ventilaban en él ó iban a ventilarse, asuntos de suma importancia, de gran trascendencia para Cartagena; y el deber de los conservadores, era el de ocupar sus escaños y aprobar lo que conceptuasen beneficioso para el pueblo ó combatir razonablemente lo perjudicial, robusteciendo con sus votos en el primer caso lo que aprobasen sus compañeros de concejo, ó tratando de impedir, en el segundo, lo que a su juicio fuera arbitrario ó lesivo; y si su número no era suficiente para impedir que prosperase un acuerdo desventajoso, consignar con sus votos la protesta seria y formal del partido que ellos representaban en el Municipio.

Nuestra ha estado justificado el retraimiento del partido conservador; cuantas mayores hayan sido las dificultades que vencer, los peligros que arrostrar y los disgustos que sufrir, mayores han debido ser su constancia, sus desvelos, sus estudios y sus esfuerzos.

Las graves circunstancias por que ha atravesado y atraviesa la vida municipal, no eran ni son las más apropiadas, para huir el buito, excusando responsabilidades que deben afrontarse siempre frente a frente, sin desplantar ni arrogancias, pero si con la firme serenidad, del que obra en cumplimiento de un deber y que tras el maduro estudio de las cuestiones que se levan a la resolución de nuestro Ayuntamiento, adopta la más conveniente, la expone razonablemente y la defiende sin temor a nada ni a nadie.

Tal vez pudiera tener una levisima justificación la retirada que los conservadores hicieron en otro tiempo: para nosotros, no la tuvo, y los hechos han venido a darnos la razón: con su presencia, pudieron impedir los acuerdos tomados por el Bloque y que el Gobernador ha revocado: y por eso, propios y extraños, acusan

de esos desguisados al Bloque y a los que se fueron: los unos pecaron por acción, los otros por omisión y tal vez estos sean más peccadores que aquellos, pues poseían la razón y la fuerza del número para oponerse y evitar así que se perjudicasen los intereses de Cartagena y se perdiese el tiempo tan lastimosamente como se ha perdido.

Pero aquella situación anormal, debió acabar, cuando conservadores y liberales volvieron otra vez a intervenir con su presencia en los debates públicos y parecía lógico y natural que ya no cesasen ni un solo momento de ejercer su acción tutelar y procurasen con su labor asidua y constante ganar el tiempo perdido.

Y sin embargo, no ha sido así: el Bloque, los liberales y los republicanos asistieron a la sesión de ayer y ni un solo conservador llevó al concejo la representación de su partido ni ocupó aquellos sitios que los conservadores cartageneros ganaron para ellos, otorgándoles sus votos.

El partido conservador viene pecando desde hace mucho tiempo por carta de menos; exceso de prudencia, equivocación de procedimientos, razones particulares, por algo será indudablemente: pero la opinión pública demanda más actividad, más celo en el cumplimiento del deber impuesto, más energía para defender sagrados intereses.

No es el camino que sigue el que ha de conducirle a la obtención de la confianza del pueblo; cada vez se apartará éste más de su lado, al verse en la indefensión; y por eso nosotros que venimos abogando diariamente por la organización de los partidos y por que éstos emprendan la marcha verdadera en pró de los intereses de Cartagena, decimos una vez más al conservador; no, no es ese el camino.

Escólera núm. 61.

Los ex-reyes de Portugal

Madrid 20-9 m.

Dicen de Plymouth que llegó el yate «Victoria and Albert», conduciendo a los ex-reyes de Portugal.

Fundó en Pisa el acorazado «Reina Elena», conduciendo a la ex-reina Pia.

Esta desembarcó.

Feas y Hermosas

(Cuento)

En el mundo, cierto día, Alborotóse la gente, Y al autor de lo existente

Quejas a mil dirija

Del uso al otro confin, Todo el mundo protestaba, Aspecte aquello tomaba De universal molin. El que adquirió tales vuelos, Y tanto y tanto gritaron, Que con sus gritos turbaron La santa paz de los cielos. —¿Qué ocurre?—preguntó Dios, Y asustado Pedro dijo: No lo sé, mas es lo hijo, Que ello sea contra vos.

(En esto el mundo rugió Con pulmones de coloso, Y con pase presuroso, Al cielo se encamió.)

—Señor, no me equivoque

Al decir por vos sería. Comisión mundana ansia Hablar con vuestra Mercé. —¿Vienen muchos?

—¡Muchos cientos!

Y se agitan como locos...

—¡Bien que pasan unos pocos, Y escuchad sus lamentos.

II

Pues, nos sobra la razón.

Al pedir lo que pedimos

Ante tu trono venimos.

A pedirte compasión.

Imposible es aguantar

Lo que por el mundo pasa.

Madre por allá se casa.

Pues, nadie quiere cargar,

Y tener por compañera,

Toda una vida, a mujer

Que suele Señor tener,

Por cara una tapadera.

¡Son muy feos! ¡un horror!

Y en esto mi queja fundo:

¡Señor, los que es pide el mundo,

Es de justicia, Señor!

—Si de cara no agraciada,

De otras cosas son hermosas...

—¡A nosotros, esas cosas,

No nos sirven para nada!

—¡Mándenlos más hermosura!

No más feos ¡por favor!

La fealdad, nunca señor,

Ha podido tener cura.

Aunque no enquierren bondad,

No nos dá ningún cuidado...

¡El látigo, está probado,

curar puede su maldad!

Te negamos nosotros alma,

Si nos niegas lo pedido.

—¡Lo que así habéis conegido,

Es agotarme la calma!

¡Mundo! ¿bravatas a mí?

¡Feliz y desdichado!

¡Si mal, antes lo has pasado.

Peor será desde aquí!

Y lleno de indignación

Presto mandé arrojar

A aquellos que a profinar,

se atrevieron su mansión.

III

Enterado Satanás,

Correr hizo al otro día

Un anuncio en en que decía:

«Alto señores, no más

Feas haya por la tierra.»

Y para extirpar tal mal,

A la que juzgáis de tal,

Sufrirá implacable guerra,

«Mujeres en competencia.

Aquí fabrica el demonio,

Seguro que el matrimonio,

Celebraréis con frecuencia.

«Encargad que las que fueran,

Hermosas todas irán,

Y si no, se cambiarán

Todas cuantas veces quieran.»

IV

La gente acudió al reclamo

Y al hacerle un gran pedido,

Se vio Satanás convertido,

De toda la tierra en amo.

En las primeras remesas,

Cada ser era un hechizo:

«Las que Satanás nos hizo,

Son verdaderas promesas!»

Dice el mundo en su contento;

Mas, funesto resultado,

Hace pronto vean trocado

Aquel contento en lamento.

Que así como a la fortuna,

Rara vez honra se unió,

Belleza no se meció

De la bondad en la cuna.

Y de aquí que entre otras cosas,

Lector, en el mundo veas

Feas, que son muy hermosas,

Y hermosas que son muy feas.

Carlos Villamontiel.

Cartagena 18-10-10.

Fernando Póo

Algo sobre colonización

IV

Todo cuanto se ha escrito sobre colonización en general, es inaplicable en la mayoría de los casos a países radicalmente opuestos en los que las circunstancias particularísimas que en cada uno concurren, son la única norma a que deben ajustarse cuantas disposiciones se dicten con aquel fin. Una inmigración rápida y desordenada

de puede ocasionar en algunos sitios de América una colonización sólida y pujante que en poco tiempo convierta en campos feracísimos y ciudades populosas, pampas inmensas jamás holladas por la planta del europeo. Por el contrario, este mismo sistema que en un país sano y abundante en que el ganado lanar y vacuno constituye la mayoría de su fama, produce

Los dos viajeros cambiaron entre sí una mirada no del todo indiferente.

En particular, al joven francés le pareció ver en la del periodista cierta expresión de sospecha:

—Me conoce ó me ha adivinado—dijo para sí Olivier—. En todo caso, es preciso adelantarse, encontrar a León antes que él y ponerlo en lugar seguro.

Sin perder tiempo subió al carruaje de un hotel, y después de tomar una habitación y de desembarazarse de su maleta, se dirigió a la oficina de correos.

Tenía el presentimiento de que había de encontrar algo.

El ingeniero Strauss le había prometido que le enviaba en seguida cuanto llegase para él.

En la taquilla de la lista de correos, el empleado, después de echar una ojeada a un sobre manuscrito que le presentó, ojeó un cuaderno y dijo:

—Olivier Coronal. Aquí tiene usted.

Febrilmente el inventor rompió el sobre del telegrama y leyó lo siguiente:

«No puedo dar explicaciones por telégrafo. Nada grave. Herida ligera. Recogido por labradores Tavernier a seis kilómetros de Bowers Town, carretera del Norte León.»

dustrial con el Estado para ayudarle a construir ferrocarriles ó a edificar fábricas, ningún particular confiá tampoco a otro el cuidado de defenderse ó de tomarse la justicia por su cuenta en caso de necesidad.

Los americanos han inventado la ley de Lynch.

Linchar a un criminal es matarle sin forma de proceso.

Inmediatamente que se comete un crimen, la multitud se apodera del presunto asesino y le cuelga de un árbol ó de un reverbero, a no ser que lo quemé, como ha sucedido algunas veces, ó que lo eche al río con una piedra al cnello.

Jamás ha logrado el gobierno americano impedir estos actos de barbarie, que hacen morir todos los años sin las formalidades legales doscientas ó trescientas personas, entre las cuales hay seguramente gran número de víctimas inocentes del furor ciego de la multitud.

La ley de Lynch no se aplica generalmente sino en los centros populosos. Pero en las grandes carreteras, lejos de las ciudades, la muerte de un individuo pasa generalmente inadvertida, y, si por casualidad algún viajero se encuentra un cadáver, no se preocupa de él ni trata de vengarlo. El crimen se imputa a los numerosos corredores de bosques que tanto abundan en el Far West.

Hacia largo tiempo que no había tenido ocasión de hablar francés.

—¡Qué diferencia decía para sí, observando con el rabo del ojo—, entre mis compatriotas y todas estas caras hurañas y lampiñas que estoy viendo desde hace un año! Esto es juventud, alegría y amor.

Semejantes ideas casi le hacían olvidar sus preocupaciones y hasta el objetivo de su viaje.

Figurábase, por instantes, estar en Francia, en uno de esos trenes de recreo, llenos de parejas de empleados y de obreros que, aprovechando los días de sol, se escapan de la gran ciudad para ir a ver su país natal y cantan, beben, fraternizan y comen sin ninguna ceremonia.

Cuando ya bastante tarde, después de haber hablado de todo, se acostó, Olivier estaba menos triste.

Después de una detención de algunos minutos en una inmensa estación, el tren reanudó su marcha hacia el Oeste, hundiendo en la obscuridad.

Ya hacía tiempo que brillaba el sol cuando se despertó el inventor. El paisaje no había cambiado de aspecto.

Era siempre la misma pradera, pero más abrupta y agreste; allá en lontananza se divisaban los primeros contrafuertes de las Montañas Roquizas,